

no dejó el sueño de hacer su oficio; y así sintiéndome adormecido, me desnudé y me metí en la cama.

Al despertar el día siguiente conocí que era tarde. Admiréme de que Ambrosio no me hubiese despertado habiéndoselo mandado; pero dije entre mí: Ambrosio, mi fiel Ambrosio, estará en alguna iglesia, ó le habrá hoy cogido la pereza. Mas tardé poco en perder el buen concepto que habia hecho de él, para dar lugar á otro menos favorable, aunque mas justo y verdadero; pues habiéndome levantado, y no hallando mi maleta en todo el cuarto, sospeché que me la habia robado por la noche. Para aclarar mis sospechas, abrí la puerta, y comencé á llamar al hipócrita repetidas veces, y con voz muy esforzada. A mis gritos acudió un viejo, y me dijo:—¿Qué quiere vd., señor? todos sus criados han salido de mi casa antes de amanecer.—¿Qué es eso de mi casa? le repliqué yo. Pues qué ¿no es esta la de Don Rafael?—Yo no sé quién es ese caballero, respondió el viejo: solo sé que esta es una casa de huéspedes, que yo soy su dueño, y que, una hora antes que vd. llegase, aquella señora con quien cenó anoche vino á pedirme un cuarto para un caballero principal que ella dijo viajaba incógnito: yo le di este, habiéndomelo pagado adelantado.

Caí entonces en la cuenta: conocí lo que debia pensar de Doña Camila y de Don Rafael, y comprendí que mi criado, instruido á fondo de todos mis negocios, me habia vendido á aquellos dos grandísimos bribones. En vez de echarme á mí solo la culpa de tan pesaroso suceso, y de conocer que no me hubiera acaecido á no haber tenido la ligereza é indiscrecion de descubrirme á Majuelo sin la menor necesidad, me volví contra la inocente fortuna, y maldije mil veces mi suerte. El posadero, á quien conté mi aventura (de la cual quizá el bellaco estaria mejor informado que yo) mostró acompañarme en mi sentimiento. Compadeciósese de mí, y protestó lo mucho que sentia que este lance hubiese sucedido en su casa; pero yo creo, á pesar de todas sus protestas, que él tuvo tanta parte en esta picardía como el mesonero de Burgos, á quien siempre atribuí el honor de la invencion.

ell



CAPÍTULO XVII.

Partido que tomó Gil Blas de resultas del triste suceso de la casa de posada.

DESPUES de haber llorado bien, pero en vano, mi desgracia, comencé á hacer reflexiones, y saqué de ellas que, en lugar de rendirme á la desesperacion y desaliento, debia animarme á luchar contra mi mala suerte. Volví, pues, á despertar mi valor, y me decia á mí mismo mientras me estaba vistiendo: aun doy gracias á mi fortuna de que aquellos malvados no se llevasen tambien mis vestidos, y algunos ducados que tengo en las faltriqueras; y les agradecia el haber andado tan comedidos, pues habian tenido tambien la generosidad de dejarme los botines, los cuales dí al posadero por la tercera parte de lo que me habian costado. En fin, salí de la posada, sin tener necesidad, gracias á Dios, de quien me llevase el hatillo. Lo primero que hice fué ir al meson donde me habia apeado el día antecedente, á ver si mis mulas se habian librado de la borrasca, aunque á la verdad juzgaba que Ambrosio no las habria olvidado; y ojalá que siempre hubiera juzgado de él con tanto acierto, pues supe que aquella misma noche habia tenido buen cuidado de sacarlas. Con que, dando por supuesto que yo no las volveria á ver, como tampoco mi maleta, caminaba triste y sin destino por las calles, pensando en el rumbo que habia de tomar. Ofrecióseme la idea de volver á Burgos para recurrir segunda vez á Doña Mencía; pero considerando que esto seria abusar de su bondad, y que ademas me tendria por un simple, deseché este pensamiento. Juré sí guardarme bien en adelante de mugeres; y por entonces no me fiaria ni aun de la casta Susana. De cuando en cuando ponía los ojos en mi sortija; mas acordándome que habia sido regalo de Camila, suspiraba de rabia y de dolor.—¡Ah! decia entre mí, na-

da entiendo de rubíes; pero bien entiendo y conozco á la gentecilla que hace estos cambios. No me parece preciso ir á un joyero para conocer que soy un pobre mentecato.

Con todo, no quise dejar de ir á saber lo que valia la sortija, que reconocida por un lapidario la tasó en tres ducados. Al oír semejante tasa, aunque no me causó sorpresa, dí á todos los diablos la sobrina del gobernador de Filipinas, ó, por mejor decir, solo les renové el don que mil veces les habia hecho de ella. Al salir de casa del lapidario encontré un mozo que se paró á mirarme. No pude caer al pronto en quién era, aunque en otro tiempo le habia conocido muy bien.—¿Como qué, Gil Blas, me dijo, finges acaso no conocerme? Es posible que en dos años me haya mudado tanto, que no conozcas al hijo del barbero Nuñez? Acuérdate de Fabricio, tu paisano y tu condiscípulo de lógica, y de cuantas veces argüimos los dos en casa del doctor Godinez sobre los universales y grados metafísicos.

Antes que acabase de hablar, habia yo venido en conocimiento de quien era. Abrazámonos estrechamente con mil demostraciones de admiracion y de alegría.—¡Ah, querido amigo, prosiguió Fabricio, y qué encuentro tan feliz, y cuánto me alegro de volverte á ver! ¿Pero en qué equipage te veo? A la verdad que estás vestido como un príncipe! Bella espada, medias de seda, calzon y vestido de terciopelo con bordado de plata. ¡Fuego! Esto me huele á un fortunon deshecho. Apuesto á que alguna vieja liberal te hizo dueño de su bolsillo.—Te engañas, le respondí: mi fortuna no ha sido tan feliz como imaginas.—A otro perro con ese hueso, replicó él. Tú quieres hacer el reservado; ¡pero á mí, que las vendo! Dime por vida tuya: ese bellissimo rubí que tanto brilla en ese dedo, ¿de quién le hubiste?—De una grandísima bribona, le respondí. Fabricio, mi querido Fabricio, sabe que, en vez de ser el Adónis de las mugeres de Valladolid, he sido su dominguillo.

Pronuncié estas palabras en tono tan lastimoso, que Fabricio conoció muy bien que me habian jugado alguna burla. Apuróme para que le dijese por qué razon estaba tan quejoso del bello seco. Tuve poco que hacer en resolverme á satisfacer su curiosidad; pero como la relacion era algo larga, y no queriamos separarnos tan presto, entramos en un figon para discurrir con mas comodidad y sosiego. Allí nos desayunamos, y mientras tanto le hice menuda relacion de cuanto me habia sucedido desde mi salida de Oviedo. Convino en que mis aventuras eran muy estrañas, y despues de asegurarme lo mucho que sentia verme en el estado en que me hallaba, añadió:—Amigo, es menester consolarnos y animarnos en todas las desgracias de la vida. Eso es lo que distingue un pecho generoso de un corazon apocado. ¿Vese un hombre de

entendimiento, reducido á la miseria? espera con valor y paciencia otro tiempo mas feliz. *Nunca*, dice Ciceron, *nunca debe un hombre abatirse tanto, que llegue á olvidarse de que es hombre.* Yo por mí soy de este carácter. Las desventuras no me acobardan; sé superarlas, y sé resistir á los golpes de la mala fortuna. Por ejemplo, amaba en Oviedo á la hija de un vecino honrado, y ella me amaba á mí: pedíla á su padre, negómela como era regular. Otro cualquiera se hubiera muerto de pesadumbre; pero yo (admira la fuerza de mi talento), de acuerdo con la misma muchacha, la robé de casa de sus padres. Era viva, atolondrada, y alegre sobre manera: por consiguiente, pudo mas con ella el placer que la obligacion. Anduvimos seis meses paseándonos por Galicia, y llegó á tal punto su deseo de viajar, que quiso ir á Portugal; pero tomó otro compañero de viaje, y me dejó plantado. Si no fuera el que soy, me hubiera desesperado y abatido con el peso de esta nueva desgracia; mas no cometí tal disparate. Mas prudente y sufrido que Menelao, en lugar de armarme contra el París que me habia robado mi Helena, me alegré mucho de verme libre de ella. No queriendo despues volver á Asturias por evitar contiendas con la justicia, me interné en el reino de Leon, donde anduve de lugar en lugar gastando el dinero que me habia quedado del raptó de mi ninfa; pues en aquella ocasion ambos nos proveimos suficientemente de dinero y ropa. Al fin me hallé al llegar á Palencia con un solo ducado, con el cual tuve que comprar un par de zapatos: y el resto duró pocos dias. Víme perplejo en aquella situacion. Comenzaba ya á guardar dieta; y era indispensable tomar algun partido. Resolví, pues, ponerme á servir. Acomodéme desde luego con un rico mercader de paños que tenia un hijo dado á todos los vicios. En su casa encontré un seguro asilo contra la abstinencia; pero igualmente un grandísimo obstáculo. Mandóme el padre que espiase al hijo, y suplicóme el hijo le ayudase á engañar al padre. Era preciso optar: preferí la súplica al precepto, y esta preferencia me costó el ser despedido. Pasé despues á servir á un pintor, ya hombre viejo, el cual queria enseñarme por caridad los principios de su arte, pero al mismo tiempo me dejaba morir de hambre; y esto me disgustó de la pintura, y de la mansion en Palencia. Vineme á Valladolid, donde, por la mayor fortuna del mundo, me acomodé con un administrador del hospital. Con él estoy todavía, y cada instante mas contento. El señor Manuel Ordoñez, mi amo, es el hombre mas virtuoso del mundo, pues siempre va con los ojos bajos y un rosario de cuentas gordas en la mano. Dicen que desde mozo solo tuvo puesta su atencion en el bien de los pobres, y le mira con mucho amor, empleando á este fin un celo infatigable. Esto no se ha quedado sin recompensa: todo ha prosperado en sus manos. ¡Qué bendi-

cion del cielo! Él se ha hecho rico cuidando de la hacienda de los pobres.

Luego que acabó Fabricio su discurso, le dije:—Por cierto me alegro de verte tan contento con tu suerte; pero, hablando en confianza, parece-me que podías hacer un papel mas brillante en el mundo que el de criado. Un mozo de tu talento debia pensar mas alto.—Te engañas mucho, Gil Blas, me respondió: has de saber que para un hombre de mi humor no puede haber mejor situacion que la mia. Confieso que el oficio de criado es penoso para un mentecato; mas para un mozo despejado tienen grandes atractivos. Un ingenio superior, que se pone á servir, no sirve materialmente como un pobre bobo: entra menos á servir que á mandar en la casa. Su primer cuidado es estudiar bien el genio y las inclinaciones del amo. Halaga sus defectos, lisonjea sus pasiones, sírvele en ellas, se grangea su confianza, y hétele que ya le tiene agarrado por la nariz. De esta manera me he gobernado con mi administrador. Desde luego conocí de qué pié cojeaba. Advertí que todo su deseo era le tuviesen por santo. Fingí creerlo, porque esto nada cuesta; y aun hice mas, procuré imitarle representando en su presencia el mismo papel que él presentaba delante de los demas: engañé al engañador, y poco á poco vine á ser su todo, y como su primer ministro. Bajo sus auspicios y en su escuela espero que algun dia estarán á mi cargo los asuntos de los pobres, porque me intereso tanto por su bien como mi amo. ¡Y quién sabe si por este camino llegaré tambien á hacer igual ó mayor fortuna!

—¡Bellas y alegres esperanzas! querido Fabricio, le repliqué: doite mil parabienes por ellas. Mas por lo que á mí toca, vuélvome á mis primeros pensamientos. Voy á trocar mi vestido bordado por unas bayetas; iréme á Salamanca, matricularéme en la universidad, y me pondré á preceptor.—¡Gran proyecto! repuso Fabricio: ¡graciosa idea! ¿puede haber mayor locura que meterte á pedante en lo mejor de tu vida? ¿Sabes bien, pobrete, en lo que te empeñas abrazando ese partido? Luego que halles conveniencia te observará toda la casa. Ecsaminarán escrupulosamente tus mas mínimas acciones. Será preciso que estés fingiendo y venciéndote continuamente, que afectes un exterior hipócrita, y que parezcas un hombre adornado de todas las virtudes. No tendrás un instante por tuyo para divertirte. Censor eterno de tu discípulo, todo el dia te se irá en enseñarle el latin, y en reprenderle y corregirle cuando diga ó haga alguna cosa contra la buena crianza. Y al cabo de tanto trabajo y sujecion ¿qué premio te espera? si el señorito sale travieso y mal inclinado, á tí te echarán la culpa, diciendo que le criaste mal, y sus padres te despedirán sin recompensa, y aun quizá sin pagarte. Así, pues,



no me hables del tal oficio de preceptor, porque es un beneficio con cargo de almas. Háblame del empleo de criado, que es beneficio simple que á nada obliga. ¿Está el amo lleno de vicios? pues el talento superior del criado los sabe lisonjear, convirtiéndolos á veces en propia utilidad. Un criado de este jaez vive con mucha paz en una buena casa. Come y bebe á su gusto, por la noche se va á la cama, y como un hijo de familia duerme tranquilamente, sin tener que pensar en el carnicero ni en el panadero.

—Amigo Gil Blas, prosiguió Fabricio, nunca acabaria si te hubiera de contar todas las ventajas que se encuentran en la no muy lucida, pero muy provechosa carrera de criado. Créeme, desecha para siempre el pensamiento de ser preceptor, y sigue mi ejemplo.—Sea así, Fabricio, le respondí; pero no todos los dias se hallan administradores como el que tú has hallado; y si yo me determinara á servir, quisiera á lo menos encontrar con un buen amo.—¡Oh! repuso él, en eso tienes razon. Yo tomo por mi cuenta el buscártele, y lo haré, aunque no sea mas que por contribuir á que no se vayan á enterrar en una universidad los talentos de un hombre como tú.

La prócsima miseria que me amenazaba, la resolucion y seguridad con que Fabricio me habló, aun mas que sus razones, me persuadieron finalmente á que me pusiese á servir. Tomada esta determinacion, salimos del figon, y Fabricio me dijo:—Ahora mismo quiero conducirte en derechura á casa de un hombre á quien recurre la mayor parte de los que buscan amo. Tiene emisarios que le informan de cuanto pasa en todas las familias, sabe las que necesitan criados, y en un registro muy esacto lleva razon no solo de las plazas vacantes, sino tambien de las buenas ó malas cualidades de los amos: en fin, él fué quien me acomodó con el administrador.

Fuimos hablando de esta especie de despacho y oficina pública tan singular, hasta que llegamos á una callejuela, y en un rincon de ella á una casa baja, donde el hijo del barbero Nuñez me hizo entrar; nos encontramos con un hombre de cincuenta años, que estaba escribiendo. Saludámosle cortésana y aun respetuosamente; pero fuese por ser de genio naturalmente soberbio y grosero, ó bien porque, estando acostumbrado á no tratar sino con lacayos y cocheros, lo estaba tambien á recibir las visitas asaz descortesmente, no se levantó, ni aun casi se dignó de mirarnos, contentándose con hacer una ligera inclinacion de cabeza. Con todo, poco despues me miró con atencion. Conocí muy bien se admiraba de que un mozo con un vestido bordado quisiera ponerse á servir de criado, cuando podia pensar que iba yo á buscar uno. Duróle poco esta duda, porque Fabricio le dijo al punto:—Señor Arias de Lon-

doña, aquí le presento á vd. el mayor amigo mio. Es un hijo de buena familia, y sus desgracias le han reducido á la necesidad de servir. Proporciónesele vd. una buena conveniencia, contando seguramente con su correspondiente agradecimiento.—Señores, respondió friamente Arias, esa es la cantinela general de todos ustedes: antes de acomodarse prometen mucho; pero despues de bien acomodados, tú que le viste, y de todo se olvidan.—Como qué, replicó Fabricio, ¿está vd. quejoso de mí? ¿no me he portado bien? Mejor pudieras haberte portado: tu conveniencia equivale á la de primer oficial de cualquier oficina, y has correspondido como si te hubiese acomodado con un autorcillo. Tomé yo entonces la palabra, y para que conociese el señor Arias que no servia á un ingrato, quise que el agradecimiento precediese al favor. Púsele en la mano dos ducados, prometiéndole que no se limitaria á tan poca cosa mi reconocimiento como me colocase en una buena casa.

Mostróse contento de mi proceder, diciendo:—Así gusto yo de que se trate conmigo. Hay vacantes escelentes puestos: leerélos y vd. escogerá el que mejor le pareciere. Al decir esto, calóse los anteojos, tomó su registro, abrióle, revolvió algunas hojas, y comenzó así:—Necesita lacayo el capitan Torbellino, hombre colérico, brutal y fantástico; gruñe sin cesar, blasfema, da de golpes, y muy á menudo estropea á los criados.—Pase vd. adelante, dije yo prontamente; no me gusta el señor capitan. Rióse Arias de mi viveza, y prosiguió leyendo:—Doña Manuela de Sandoval, viuda, y entrada en edad, impertinente y caprichosa, se halla sin criado. Por lo comun no tiene mas que uno, y ese apenas la puede aguantar un dia entero. Diez años ha que solo hay en su casa una librea, y sirve para todos los criados que recibe, sean flacos ó gordos, grandes ó pequeños. Se puede decir que no hacen mas que probársela, y así todavía está nueva, aunque se la han puesto dos mil. Falta un criado al doctor Álvaro Fañez, médico químico. Trata bien á sus criados, dales bien de comer, y un gran salario; pero hace en ellos la esperiencia de sus remedios, y se observa que en casa de este químico hay siempre vacantes plazas de criados.

—No lo dudo, interrumpió Fabricio, dando una carcajada; pero vamos claros, que nos va vd. proponiendo admirables conveniencias.—Ten un poco de paciencia, replicó Arias de Londoña, todavía no las he leído todas, y puede haber alguna que te contente. Diciendo esto, prosiguió su lectura de esta manera:—Tres semanas ha que está sin criado Doña Alfonsa de Solís: es una señora anciana y devota, que pasa en la iglesia las tres partes del dia, y quiere tener siempre junto á sí al criado. Otro: ayer despidió al suyo el licenciado Cedillo, hombre ya viejo, y canónigo de este cabildo.—Alto ahí, señor Arias de Londoña, interrumpió Fabri-

cio: á ese puesto nos atenemos: el canónigo Cedillo es grande amigo de mi amo, y yo le conozco mucho; sé que gobierna su casa en clase de ama una vieja beata que se llama la señora Jacinta, y es la que todo lo manda. Es una de las mejores casas de Valladolid, porque en ella se vive con gran paz, y se come grandemente. Fuera de eso, el canónigo es un señor enfermizo, gotoso inveterado, que tardará poco en hacer testamento, y se puede esperar algun legadillo: ¡gran esperanza para un criado!—Gil Blas, continuó Fabricio volviéndose hácia mí, no perdamos tiempo. Vámonos derechos á casa del licenciado: yo mismo te quiero presentar, y salir por fiador tuyo. Habiendo dicho esto, por no malograr la ocasion, nos despedimos aceleradamente del señor Arias, quien me ofreció, por mi dinero, que, si no lograba aquella conveniencia, me proporcionaria otra tan buena, y aun quizá mejor.

